

Vemos que el producto del trabajo no pertenece íntegro al obrero, porque es preciso que lo reparta con el propietario.»

Hé ahí, nos dice friamente A. Smith, cómo pasan las cosas: todo para el amo, nada para el obrero. Que se llame á esto injusticia, espoliación, robo; la economía política no se inquieta; el propietario espoliador le parece en todo esto tan autómatas como el trabajador espoliado. Y la prueba de que ni el uno ni el otro merecen envidia ni piedad, la tenemos en que los trabajadores sólo reclaman cuando se mueren de hambre, y que ningun capitalista, empresario ó propietario, durante su vida ni en el instante de la muerte, sintió el menor remordimiento. Que se acuse á la conciencia pública ignorante y falseada, y acaso haya razon para ello. A. Smith se limita á dar cuenta de los hechos, y esto vale más para nosotros que todas las declamaciones.

Al designar un privilegiado entre los trabajadores, *nazaraum inter fratres tuos*, la razon social personificó la fuerza colectiva. La sociedad procede por mitos y alegorías: la historia de la civilización es un vasto simbolismo. Homero resume la Grecia heroica; Jesucristo es la humanidad doliente aspirando, en una larga y dolorosa agonía, á la libertad, á la justicia y á la virtud. Carlo-Magno es el tipo feudal; Rolando, la caballería; Pedro el Ermitaño, las cruzadas; Gregorio VII, el papado; Napoleon, la revolucion francesa. Así tambien el empresario de una industria que explota un capital por medio de un grupo de trabajadores, es la personificación de la fuerza colectiva, cuyo beneficio absorbe, como el volante de una máquina almacena la fuerza. Él es, en realidad, el hombre heroico, el rey del trabajo. La economía política es un simbolismo, y la propiedad una religion.

Sigamos á A. Smith, cuyas ideas luminosas, esparcidas en un oscuro fárrago, parece una deuterosis de la revelacion primitiva.

«A medida que el suelo de un país se convierte en propiedad privada, los propietarios, como todos los demás hombres, quieren recoger allí en donde no sembraron, y exigen un alquiler hasta por el producto natural de la tierra. Entónces se establece un precio adicional sobre los árboles de los bosques, la yerba de los campos, y sobre todos los frutos naturales del suelo que, cuando era comun, sólo costaban al obrero el trabajo de cogerlos. Es preciso que pague por obtener el permiso de recogerlos; es decir, que dé al propietario una porcion de lo que recoge ó produce *sin él*, y con sólo su trabajo.»

¡Hé ahí el monopolio, hé ahí el interés de los capitales, hé ahí la renta!... A. Smith, como todos los iluminados, vé y no comprende, refiere y no entiende; habla bajo la inspiracion de Dios, sin sorpresa y sin piedad, y el sentido de sus palabras es para él letra muerta. ¡Con qué sangre fria refiere la usurpacion propietaria! Ínterin la tierra no parece buena para nada; ínterin el trabajo no la amuebló, fecundó, *utilizó* y dió VALOR, el propietario no hace caso. El avejorro no se posa sobre las flores, sino que se arroja sobre las colmenas. Lo que el trabajador produce, le es inmediatamente arrebatado; el obrero es como un perro de caza sujeto por la mano del amo.

Un esclavo abrumado de trabajo inventa el arado. Con un pedazo de madera arrastrado por un caballo, abre el suelo y le hace capaz de producir diez ó cien veces más. El amo, al primer golpe de vista, comprende la importancia del descubrimiento, y se apodera de la tierra, se apropia el producto, se atribuye hasta la idea, y se hace adorar de los mortales por su magnífico presente. Este hombre se coloca al nivel

de los dioses; su mujer es una ninfa, es Cérés, y él es Triptolemo. La miseria inventa y la propiedad recoge; es preciso que el genio permanezca pobre, porque la abundancia lo ahogaría. El mayor servicio que la propiedad hizo al mundo, es esta aflicción perpétua del trabajo y del genio.

Pero... ¿qué hacer de estas montañas de grano? ¡Qué riqueza tan pobre la que el jefe comparte con sus caballos, con sus bueyes y sus esclavos! No vale la pena de ser rico, si toda la ventaja consiste en poder roer algunos puñados más de arroz y de cebada!

A una vieja se le ocurre la idea de moler el grano para su boca desdentada, y se apercibe de que la pasta fermenta, y que cocida bajo ceniza, dá un alimento incomparablemente mejor que el trigo crudo ó tostado. ¡Milagro; el pan de cada día está descubierto! Otra vieja apretó en una cuba una masa de uvas abandonada, y oyó hervir el mosto como si estuviese al fuego; el licor arroja sus inmundicias, brilla y se enrojeze. ¡Evoe! es el jóven Baco, el hijo querido del propietario, un niño amado de los dioses el que lo encontró. Lo que el amo no había podido devorar en algunas semanas, le bastará ún año para beberlo. La viña, como la miés y la tierra, es apropiada.

¿Qué hacer de estos innumerables vellones que todos los años aumentan? Aun cuando el propietario elevase su lecho á la altura de su pabellon; aun cuando doblase treinta veces su tienda suntuosa, este lujo inútil no haría más que descubrir su impotencia; le sobran bienes y no puede gozar: ¡qué escarnio!

Una pastora, á quien la avaricia del amo hace andar desnuda, recoge en los zarzales algunas vedijas de lana que tuerce y prolonga en hilos iguales y finos; los reúne despues, los entrelaza y se hace un

hábito flexible y ligero, mil veces más elegante que las pieles remendadas que cubren á su desdeñosa señora. ¡Es Aracne la tejedora quien creó esta maravilla! Al momento el amo empieza á torcer la lana de sus ovejas, el pelo de sus camellos y de sus cabras, y dá á su mujer una tropa de esclavos para que hilen y tejan bajo sus órdenes: ya no es Aracne la humilde criada; es Palas, la hija del propietario, á quien los dioses inspiraron, y cuya envidia se venga de Aracne haciéndola morir de hambre.

¡Qué espectáculo el que nos ofrece esta lucha incesante del trabajo y del privilegio; el primero creándolo todo de nada, y el segundo llegando siempre para devorar lo que no produjo! El destino del hombre es una marcha continua. *Es preciso que trabaje*, cree, multiplique y perfeccione siempre. Dejad al trabajador que goce de su descubrimiento; se dormirá sobre su idea, y su inteligencia no avanzará más. Hé ahí el secreto de esta iniquidad que llamaba la atención de A. Smith, y para la cual, sin embargo, el flemático historiador no encontró una sola palabra de reprobacion; aunque no podia darse cuenta de ello, adivinaba que el dedo de Dios estaba allí; que hasta el día en que el trabajo llene la tierra, la civilización tendrá por motor el consumo improductivo, y que por medio de la rapiña se establece insensiblemente entre los hombres la fraternidad.

*¡Es preciso que el hombre trabaje!* Por eso en los consejos de la Providencia se instituyó, se organizó y se santificó el robo! Si el propietario se hubiese cansado de robar, el proletario se habría cansado bien pronto de producir, y el salvajismo y la repugnante miseria llamarían á nuestras puertas. El polinesiano, en quien la propiedad aborta y que goza en una completa comunidad de bienes y de amores, ¿por qué trabajará? La tierra y la belleza

son de todos, los hijos de nadie: ¿á qué le hablais de moral, de dignidad, de personalidad, de filosofía y de progreso? Y sin ir tan léjos; el corso que bajo sus castaños, encuentra durante seis meses, la vida y el domicilio, ¿por qué ha de trabajar? ¿Qué le importan vuestra conscripcion, vuestros caminos de hierro, vuestra tribuna y vuestra prensa? ¿Qué otra necesidad siente más que la de dormir cuando ya comió sus castañas? Un gobernador de Córcega decia que, para civilizar esta isla, era preciso cortar los castaños; pero el medio más seguro es apropiarlos.

Pero ya el propietario no es bastante fuerte para devorar la sustancia del trabajador, y llama á sus favoritos, á sus bufones, á sus lugar-tenientes y á sus cómplices. El mismo Smith nos revela esta formidable conjuracion.

«A cada nueva trasformacion de un producto, no sólo aumenta el número de los beneficios, sino que cada beneficio subsiguiente es mayor que el que le precede, porque el capital de que procede es necesariamente mayor. Y en efecto: mientras que el alza de los salarios obra sobre el precio de una mercancía como el interés simple en la acumulacion de una deuda, el alza de los beneficios obra como el interés compuesto. Si en la fábrica de telas, por ejemplo, los salarios de los obreros, rastrilladores de lino, hilanderas, tejedores, etc., aumentasen dos dineros por día, seria necesario elevar el precio de la pieza de tela tantas veces dos dineros, como obreros se hubiesen empleado en su confeccion, multiplicando el número de obreros por el de los días. En cada uno de los diferentes grados de mano de obra que siguiere la mercancía, esta parte de su precio que se resuelve en salarios, se elevaria en la proporcion aritmética de esta elevacion de los jornales; pero si los beneficios de todos los diferentes amos que emplean á

estos obreros se elevasen en un 5 por 100, esta parte del precio que se resuelve en beneficios, se elevaria en cada uno de los diferentes grados de la mano de obra, en razon progresiva de esta alza ó en progresion geométrica. El amo de los rastrilladores de lino exigiria al vender su lino un aumento de 5 por 100 sobre el valor total de la materia y de los salarios adelantados por él á los obreros: el amo de las hilanderas pediria un beneficio adicional de 5 por 100, tanto sobre el precio del lino rastrillado que habia satisfecho, como sobre el total de los salarios pagados á las hilanderas. Por último, el amo de los tejedores exigiria tambien 5 por 100 sobre el precio satisfecho por el lino hilado y sobre el importe de los salarios pagados á los tejedores.»

Hé ahí la descripcion á lo vivo de la jerarquia económica, empezando en Júpiter-propietario y acabando en el esclavo. Del trabajo, de su division, de la distincion del amo y del asalariado, y del monopolio de los capitales, sale una casta de señores hacendados, financieros, empresarios, patrones, maestros y contra-maestros que consumen rentas, recogen usuras, estrujan al trabajador, y sobre todo, ejercen una policia insoportable, que es la forma más terrible de la explotacion y de la miseria. La invencion de la política y de las leyes se debe exclusivamente á la propiedad: Numa y Egeria, Tarquino y Tanaquildo, como Napoleon y Carlo-Magno, eran nobles. *Regum timendorum in proprios greges reges in ipsos imperium est Jovis*, dice Horacio. Cualquiera diria que esta era una legion de espíritus infernales que acudian de todos los rincones del infierno para atormentar á una pobre alma. ¡Arrastradlo por su cadena, quitadle el sueño y el alimento, heridle, quemadle, atenezadle, no le deis descanso ni tengais piedad! Si teneis compasion del trabajador, si le ha-

ceis justicia, no quedará nada para nosotros, y pereceremos.

¡Oh Dios! ¿Qué crimen ha cometido este infortunado para que tú lo abandones á estos guardianes que le distribuyen los palos con mano tan liberal y la subsistencia con mano tan avara?... Y vosotros, propietarios, varas escogidas por la Providencia, no hagais rebosar la medida prescrita, porque la rabia se apoderó del corazón de vuestro servidor, y sus ojos están inyectados de sangre.

Una sublevación de los trabajadores arranca á los implacables amos una concesión: ¡día feliz, viva alegría! El trabajo es libre; pero... ¡qué libertad, justo cielo! La libertad para el proletario es la facultad de trabajar; es decir, el derecho de hacerse expliar ó de no trabajar, que equivale á decir, la facultad de morir de hambre! La libertad sólo es benéfica para la fuerza: gracias á la competencia, el capital ahoga por todas partes al trabajo y convierte la industria en una vasta coalición de monopolios. Por segunda vez la plebe trabajadora cae de rodillas á los pies de la aristocracia; no tiene posibilidad, ni siquiera el derecho de discutir su salario.

«Los amos, dice el oráculo, están siempre y por todas partes en una liga tácita, constante y uniforme para no elevar los salarios más allá del precio existente. Violar esta regla es un acto de compañero desleal; y gracias á una legislación abominable, se tolera esta liga mientras que las coaliciones de los obreros se castigan severamente.»

Y ¿por qué esta nueva iniquidad que la inalterable serenidad de Smith no pudo menos de llamar *abominable*? ¿Sería acaso necesaria esta injusticia manifiesta, y sin esa excepción de personas se habría equivocado la fatalidad, y la Providencia sufriría un descalabro? ¿Encontraremos medio de justificar

por el monopolio esta policía parcial del género humano?

¿Por qué no, si queremos elevarnos por encima del sentimentalismo societario y considerar los hechos, la fuerza de las cosas, la ley íntima de la civilización?

¿Qué es el trabajo? ¿Qué es el privilegio?

El trabajo, análogo á la actividad creadora, sin conciencia de sí mismo, indeterminado, infecundo mientras la idea, la ley no lo penetra, el trabajo es el crisol en donde se elabora el valor, la gran matriz de la civilización, principio pasivo ó hembra de la sociedad. El privilegio, que emana del libre arbitrio, es la chispa eléctrica que decide la individualización, la libertad que realiza, la autoridad que manda, el cerebro que delibera, el yo que gobierna.

La relación del trabajo y del privilegio es, pues, una relación de hembra á macho, de esposa á esposo. En todos los pueblos el adulterio de la mujer pareció siempre más reprobable que el del hombre, y se le sometió, por consiguiente, á penas más rigurosas. Los que se detienen ante la atrocidad de las formas, y olvidando el principio sólo ven la barbarie ejercida con el sexo femenino, son politiqueros de novela, dignos de figurar en las narraciones del autor de *Lelia*. Toda indisciplina de los obreros es asimilable al adulterio cometido por la mujer. ¿No es, pues, evidente que si los tribunales oyesen con el mismo pavor la queja del obrero y la del amo, el lazo jerárquico, fuera del cual la humanidad no puede vivir, quedaria roto, y toda la economía de la sociedad arruinada?

Juzgad por los hechos. Comparad la fisonomía de una huelga de obreros con la marcha de una coalición de empresarios. En la primera, desconfianza del derecho, agitación, turbulencia; al exterior,

gritos y temblores; en el interior, terror, espíritu de sumisión y deseo de la paz. En la segunda, por el contrario, resolución calculada, sentimiento de la fuerza, certidumbre del resultado, sangre fría en la ejecución. ¿En dónde está la potencia, el principio orgánico, la vida? Indudablemente, la sociedad debe á todos asistencia y protección: yo no defiende la causa de los opresores de la humanidad; ¡que la venganza del cielo los aplaste! pero es preciso que la educación del proletario se cumpla. El proletario es Hércules llegando á la inmortalidad por medio del trabajo y la virtud: pero ¿qué haría Hércules sin la persecución de Eurístea?

¿Quién eres tú? preguntaba el papa San León á Atila, cuando este destructor de naciones fué á plantar su campamento delante de Roma.—Yo soy la cólera de Dios, respondió el bárbaro.—Nosotros recibimos con gratitud todo lo que Dios nos envía, replicó el papa; pero ten cuidado de no hacer nada que Dios no te haya ordenado!

Propietario, ¿quién sois?

¿Cosa extraña! La propiedad, atacada por todas partes en nombre de la caridad, de la justicia y de la economía social, nunca supo responder más que estas palabras para justificarse: *Yo existo porque existo*. Yo soy la negación de la sociedad, la explotación del trabajador, el derecho del improductivo, la razón del más fuerte, y ninguno puede vivir si yo no lo devoro.

Este espantoso enigma causó la desesperación de las inteligencias más sagaces.

«Antes de la apropiación de las tierras y la acumulación de los capitales, el producto completo del trabajo pertenecía al obrero: entonces no había propietario ni amo con quien repartirlo. Si este estado de cosas hubiese continuado, el salario del trabajo

habría aumentado con todo este acrecentamiento de la potencia productiva á que dá lugar la división. Producidas con una cantidad menor de trabajo, se habrían adquirido con cantidades cada vez menores.»

Esto dice A. Smith, y añade su comentador:

«Yo comprendo fácilmente cómo el derecho de apropiarse, bajo el nombre de *interés, beneficio ó alquiler*, el producto de otros individuos, se convierte en estímulo de la avaricia; pero no puedo creer que disminuyendo la recompensa del trabajador para aumentar la opulencia del hombre ocioso, se pueda desarrollar la industria ó acelerar los progresos de la sociedad en riqueza.»

La razón de este descuento, que ni Smith ni su comentador apercibieron, vamos á decírsela nosotros, á fin de que la ley inexorable que gobierna la sociedad humana, quede de nuevo, y por la última vez, puesta en evidencia.

Dividir el trabajo, no es más que hacer una producción de piezas: para que haya valor, es necesaria una composición. Antes de instituirse la propiedad, cada cual es dueño de coger en el Océano el agua de donde extrae la sal que emplea en sus alimentos, coger la oliva de donde extraerá el aceite, reunir el mineral que contiene el hierro y el oro. Cada cual es libre de cambiar una parte de lo que recogió por una cantidad equivalente de las provisiones hechas por otro: hasta aquí, no salimos del derecho sagrado del trabajo y de la comunidad de la tierra. Pues bien: si tengo el derecho de usar (sea por mi trabajo personal, sea por el cambio) de todos los productos de la naturaleza, y si la posesión obtenida de este modo es legítima, tengo también el derecho de componer, con los diversos elementos que con el trabajo ó el cambio me he procurado, un nuevo producto que es mi propiedad, y del cual

puedo gozar exclusivamente. Yo puedo, por ejemplo, por medio de la sal, de la cual extraeré la sosa, y del aceite que saco de la oliva y del sésamo, hacer una composición propia para limpiar las telas, que será para mí, considerada bajo el punto de vista de la limpieza y de la higiene, de una utilidad inmensa. Hasta puedo reservarme el secreto de esta composición, y por consiguiente, retirar, por medio del cambio, un beneficio legítimo.

Ahora bien: ¿qué diferencia hay, en cuanto al derecho, entre la fabricación de una onza de jabón y la de un millón de kilogramos? La cantidad mayor ó menor, ¿hace cambiar en algo la moralidad de la operación? No: luego la propiedad, como el comercio y el trabajo, es un derecho natural, cuyo ejercicio no puede prohibirme nadie en el mundo.

Mas por lo mismo que yo compongo un producto que es mi propiedad exclusiva, como lo son las materias que lo constituyen, se sigue de aquí que un taller, una explotación de hombres queda organizada por mí; que en mis manos se acumulan beneficios con detrimento de todos los que entran en relaciones conmigo, y que si deseais sustituirme en la empresa, naturalmente os exigiré una renta. Vos poseereis mi secreto, fabricareis en mi lugar, hareis girar mi molino, recogeréis los frutos de mi campo, vendimiareis mi viña, pero me dareis la cuarta ó la tercera parte del producto.

Toda esta cadena es necesaria é indisoluble, y no hay en ello ni serpiente ni diablo; es la ley misma de las cosas, el *dictámen* del sentido comun. En el comercio, la explotación es idéntica al cambio; y lo que verdaderamente sorprende, es que un régimen como este, no sólo se disculpa por la buena fé de los partidos, sino que lo ordena la justicia.

Un hombre compra á su vecino el carbonero una

saca de carbon, y al tendero una cantidad de azufre traído del Etna: con estos artículos hace una mezcla á la cual añade una cantidad de salitre que le vende el droguista. De aquí resulta una pólvora explosible, de la cual cien libras bastan para destruir una ciudadela: pues bien; yo pregunto si el leñador que carbonizó la madera, el pastor siciliano que recogió el azufre, el marino que efectuó el transporte, el comisionado que desde Marsella hizo la expedición y el comerciante que lo vendió, son cómplices en la catástrofe. ¿Existe la menor solidaridad entre ellos, no digo ya en el empleo, sino en la fabricación de esta pólvora? Si no es posible descubrir la menor conexión de acción entre los individuos que han cooperado á la producción de la pólvora, es claro que tampoco hay solidaridad entre ellos relativamente á los beneficios de la venta, y que la ganancia que puede resultar de su uso, pertenece también exclusivamente al inventor, como el castigo á que podría hacerse acreedor á consecuencia de crimen ó imprudencia, le es personal. La propiedad es idéntica á la responsabilidad, y no se puede afirmar ésta sin reconocer aquella.

Pero... admirad la sinrazón de la razón. Esta misma propiedad legítima, irreprochable en su origen, constituye una iniquidad flagrante en su ejercicio; y esto, sin que se le agregue ningún elemento que la modifique, sino por el desarrollo mismo del principio.

Consideramos en su conjunto los productos que la industria y la agricultura presentan en el mercado. Estos productos, como la pólvora y el jabón, son todos, en un grado cualquiera, resultado de una combinación cuyos materiales salieron del almacén general. El precio de estos productos se compone invariablemente; primero, de los salarios satisfechos

á las diferentes categorías de trabajadores; y segundo, de los beneficios que exigen los capitalistas y empresarios: de modo que la sociedad se encuentra dividida en dos clases de personas: primera, los empresarios, capitalistas y propietarios, que tienen el monopolio de todos los objetos de consumo; segundo, los asalariados ó trabajadores, que sólo pueden dar por estas cosas la mitad de lo que valen, lo cual les hace el consumo, la circulacion y la reproduccion imposibles.

En vano nos dice Adam Smith:

«La simple equidad exige que los que visten, alimentan y proporcionan habitaciones á todo el cuerpo de la nacion, tengan en el producto de su propio trabajo una parte suficiente para verse ellos mismos medianamente alimentados, vestidos y albergados.»

Pero... ¿cómo podrá hacerse esto sin desposeer á los monopolistas? ¿Y cómo se impedirá el monopolio si es un efecto necesario del libre ejercicio de la facultad industrial? La justicia que desearia establecer A. Smith es impracticable en el régimen de la propiedad. Y si la justicia es impracticable, si hasta se convierte en injusticia, y si esta contradiccion es inherente á la naturaleza de las cosas, ¿á qué viene el hablar de equidad y de humanidad? ¿Acaso la Providencia conoce la equidad, ó la fatalidad es filántropa? Nosotros no debemos tender á destruir el monopolio ni el trabajo, no: por una síntesis que la contradiccion del monopolio hace inevitable, debemos hacerle producir, en interés de todos, los bienes que reserva para algunos. Fuera de esta solucion, la Providencia permanece insensible á nuestras lágrimas; la fatalidad sigue inflexiblemente su camino, y mientras que nosotros disputamos gravemente sobre lo justo y lo injusto, el Dios que nos hizo contradictorios como él en nuestros pensamientos, en nuestros discursos y

en nuestras acciones, nos responde con una carcajada.

Esta contradiccion esencial á nuestras ideas, es la que, realizándose por el trabajo y expresándose en la sociedad con un poder gigantesco, hace que sucedan todas las cosas en sentido inverso de lo que debian ser, y dá á la sociedad el aspecto de un tapiz visto del revés, ó de un animal puesto boca arriba. Por la division del trabajo y por las máquinas, el hombre debia elevarse gradualmente á la ciencia y á la libertad, y por la division y por las máquinas, se embrutece y se hace esclavo. El impuesto, dice la teoría, debe estar en razon de la fortuna; y al contrario, el impuesto está en razon de la miseria. El improductivo debe obedecer; y por una amarga irrision, el improductivo manda. El crédito, segun la etimología de la palabra y su definicion teórica, es el proveedor del trabajo; pero en la práctica, lo estruja y lo mata. La propiedad, en el espíritu de su más bella prerogativa, es la extension de la tierra, y en el ejercicio de esta misma prerogativa, la propiedad es la prohibicion de la tierra. En todas sus categorías, la economía política reproduce la contradiccion de la idea religiosa. La vida del hombre, afirma la filosofía, es una emancipacion perpétua de la animalidad y de la naturaleza, una lucha contra Dios: en la práctica religiosa, la vida es la lucha del hombre consigo mismo, la sumision absoluta de la sociedad á un Sér superior. *Amad á Dios con todo vuestro corazon*, nos dice el Evangelio, y *aborreced vuestra alma por la vida eterna*; precisamente, lo contrario de lo que nos ordena la razon...

No prolongaré más este resúmen. Habiendo llegado ya al término de mi carrera, las ideas se me presentan con tal abundancia y vehemencia, que necesitaria un nuevo libro para referir lo que descubro;

y á pesar de la conveniencia oratoria, no veo más medio de acabar que el de detenerme bruscamente.

Si no me equivoco, cuando ménos, el lector debe estar convencido de una cosa, y es que la verdad social no puede encontrarse en la utopía ni en la rutina; que la economía política no es la ciencia de la sociedad, aunque contiene los materiales de esta ciencia; del mismo modo que el caos ántes de la creación, contenía los elementos del universo. Para llegar á la organización definitiva que parece ser el destino de nuestra especie sobre el globo, sólo falta hacer la ecuación general de todas nuestras contradicciones.

Pero... ¿cuál será la fórmula de esta ecuación?

Después de todo lo dicho, ya podemos entreverla: debe ser una ley de *cambio*, una teoría de MUTUALIDAD, un sistema de garantías que resuelva las formas antiguas de nuestras sociedades civiles y comerciales, y que satisfaga á todas las condiciones de eficacia, de progreso y de justicia que ha señalado la crítica: una sociedad no sólo convencional, sino real; que cambie la división parcelaria en instrumento de ciencia; que suprima la servidumbre de las máquinas y prevenga las crisis de su aparición; que haga de la competencia un beneficio, y del monopolio una garantía de seguridad para todos; que, por la fuerza de su principio, en vez de pedir crédito al capital y protección al Estado, someta al trabajo el capital y el Estado; que, por la sinceridad del cambio, cree una verdadera solidaridad entre los pueblos; que, sin prohibir la iniciativa individual ni el ahorro doméstico, devuelva constantemente á la sociedad las riquezas que la apropiación retira; que, por este movimiento de *entrada y salida* de los capitales, asegure la igualdad política é industrial de los ciudadanos, y por un vasto sistema de educación

pública, elevando siempre su nivel, favorezca la igualdad de las funciones y la equivalencia de las aptitudes; que, por la justicia, el bienestar y la virtud, renovando la conciencia humana, asegure la armonía y el equilibrio de las generaciones; una sociedad, en fin, que, siendo organización y transición á la vez, se salve de lo provisional, garantice todo y no comprometa nada...

La teoría de la *mutualidad* ó del *mutuum*, es decir, del cambio en productos, cuya forma más sencilla es el préstamo de consumo, bajo el punto de vista del ser colectivo, es la síntesis de las dos ideas de propiedad y comunidad; síntesis tan antigua como los elementos que la constituyen, supuesto que no es más que la vuelta de la sociedad á su práctica primitiva á través de un dédalo de invenciones y de sistemas; el resultado de una meditación de seis mil años sobre esta proposición fundamental: A igual A.

Todo se prepara hoy para esta restauración solemne; todo anuncia que el reinado de la ficción pasó, y que la sociedad va á entrar en la sinceridad de su naturaleza. El monopolio se hinchó hasta igualarse al mundo; y un monopolio que abarca el mundo, no puede permanecer exclusivo; es preciso que se republicanice ó que reviente. La hipocresía, la venalidad, la prostitución y el robo forman el fondo de la conciencia pública; y á no ser que la humanidad aprenda á vivir de lo que la mata, es preciso creer que la justicia y la expiación se acercan...

Ya el socialismo, sintiendo morir sus utopías, se acoge á las realidades y á los hechos; se ríe de sí mismo en París; discute en Berlín, en Colonia, en Leipzig y en Breslau; se estremece en Inglaterra; truena al otro lado del Océano; se hace matar en Polonia, y se ensaya en el gobierno de Berna y de Lausanna. Penetrando en las masas, el socialismo se ha



transformado; el pueblo se cuida muy poco del honor de las escuelas; pide trabajo, ciencia, bienestar, igualdad: poco le importa el sistema, si la cosa se encuentra. Pues bien: cuando el pueblo quiere alguna cosa y sólo se trata de saber cómo podrá obtenerla, el descubrimiento no se hace esperar mucho tiempo; preparaos, pues, á ver descender la gran mascarada!..

Que el sacerdote se convenza al fin de que el pecado es la miseria, y que la verdadera virtud, lo que nos hace dignos de la vida eterna, es luchar contra la religion y contra Dios;—que el filósofo, deponiendo su orgullo, *supercilium philosophicum*, sepa, por su parte, que la razon es la sociedad, y que filosofar es hacer obra con sus manos;—que el artista recuerde que descendió del Olimpo al establo de Cristo, y que de este establo se elevó de repente á esplendores desconocidos; que el trabajo, como Cristo, debe regenerarle;—que el capitalista piense en que la plata y el oro no son valores verídicos; que por la sinceridad del cambio, todos los productos se elevan á la misma dignidad, y cada productor tendrá en su casa una fábrica de monedas; que así como la ficcion del capital productivo realizó la expoliacion del obrero, el trabajo organizado reabsorberá el capital;—que el propietario sepa que no es más que el recaudador de las rentas de la sociedad, y que si, gracias á la guerra, pudo en otro tiempo poner entredicho sobre el suelo, el proletario puede á su vez, por medio de la asociacion, ponerlo sobre las cosechas y hacer que la propiedad espire en el vacío; que el príncipe y su orgulloso cortejo, sus militares, sus jueces, sus consejeros, sus pares y todo el ejército de los improductivos, se apresuren á gritar ¡Gracias! al labrador y al industrial, porque la organizacion del trabajo es sinónimo de subordinacion del poder;

que depende del trabajador abandonar el improductivo á su indigencia, y hacer morir al poder de vergüenza y de hambre...

Todo esto sucederá, no como otras tantas novedades imprevistas, inesperadas, efecto súbito de las pasiones del pueblo ó de la habilidad de algunos hombres, sino por la vuelta espontánea de la sociedad á una práctica inmemorial, momentáneamente abandonada, y por causa...

La humanidad, en su marcha oscilatoria, gira incesantemente sobre sí misma; sus progresos no son más que el rejuvenecimiento de sus tradiciones; sus sistemas, tan opuestos al parecer, presentan siempre el mismo fondo visto de lados diferentes. La verdad, en el movimiento de la civilizacion, permanece siempre idéntica, siempre antigua y siempre nueva: la religion, la filosofía y la ciencia, no hacen más que traducirse, y esto es precisamente lo que constituye la Providencia y la infalibilidad de la razon humana; lo que asegura, en el seno mismo del progreso, la inmutabilidad de nuestro sér; lo que hace á la sociedad inalterable en su esencia é irresistible en sus revoluciones, y lo que, extendiendo continuamente la perspectiva, presentando siempre á lo léjos la última solucion, funda la autoridad de nuestros misteriosos presentimientos.

Reflexionando sobre estos combates de la humanidad, recuerdo involuntariamente que, en el simbolismo cristiano, á la Iglesia, militante debe suceder en el último dia, una Iglesia triunfante, y el sistema de las contradicciones sociales se me presenta como un puente mágico que se levanta sobre el rio del olvido. . . . .